

"MI VIDA"

TUDO SE LO DEBO

A

VITTORIO DE SICA

EN 1938 nació María, pero mi padre seguía sin querer legalizar sus relaciones con mi madre. Vivía en Roma, donde había conocido otra mujer con la que le obligaron a casarse.

Con la guerra pasamos de la pobreza hasta casi la miseria. Fueron tiempos en los que no teníamos para llenar nuestros vientres nada, excepto una ración reglamentaria de pan negro. La parte blanda se pegaba al cuchillo y sabía tan mal que a duras penas se lograba tragar. María y yo comíamos sólo la corteza: la parte blanda la moldeábamos en forma de muñecas y las colocábamos al sol, para que se endurecieran. Algunas veces, el hambre nos empujaba a comernos nuestros monigotes.

Los aliados empezaron a bombardear el área de Nápoles hacia finales de



2º

ESCRIBE

SOFIA LOREN



SIGUE

1942, y volvieron frecuentemente de día y de noche, hasta la caída de la ciudad un año más tarde. Al principio, me acuerdo que aquello más que aterrorizarme me emocionaba: yo era una chiquilla, y no me percataba de lo que aquello tenía de muerte y de destrucción. Sólo veía belleza y ocasión de asombro en los fulgores que daban caer las escuadrillas para iluminar los objetivos y que ponían dorado el cielo; en el ruido de los motores y en el estruendo con que contestaban las baterías antiáreas; en las columnas de humo que brotaban del suelo, en forma de flores... Me recordaba todo esto al festival anual de San Genaro, patrón de Nápoles, lleno de estallidos coloristas. Cuando pitaban las sirenas, no me explicaba el pánico general de la gente, rayano en la locura, o su reacción de terror, petrificados en un sitio e incapaces de hacer ningún movimiento. Así que cuando mi madre nos agarraba a mí y a María, y nos arrastraba hacia el refugio subterráneo, yo tiraba de ella hacia atrás, llorando y gritando: «Quiero ver los fuegos artificiales». Pero cuando los «raids» aumentaron, el encanto se esfumó. Dos o tres veces cada noche nos despertaba el clamor de las sirenas. Temblando de frío en nuestras oscuras habitaciones, luchando contra la inanición, teníamos que saltar de la cama, meternos un vestido, envolvernos en una manta y correr a toda prisa al refugio. Pronto, la tensión constante y la falta de sueño desequilibraron nuestros nervios. Un día, mamá anunció: «Es un absurdo estar en casa esperando por las bombas, arriesgando la vida para ir al refugio. De ahora en adelante pasaremos la noche entera allí».

el hambre

Entonces descubrimos que todo el mundo había tenido la misma idea. De hecho, éramos la última familia que todavía dormía bajo techo propio. El refugio era el túnel del ferrocarril de Cumana, entre Nápoles y Pozzuoli. Solamente se podía estar allí unas pocas horas sin peligro de muerte: se entraba al final de la tarde, cuando el último tren había pasado, y nos teníamos que marchar antes de las cuatro de la mañana, hora en que pasaba el primer tren. Hecho de roca, el túnel exudaba humedad por todas las ranuras, y era tan estrecho, que sólo los que llegaban pronto podían encontrar sitio para sus colchones; los últimos dormían apoyados contra las paredes arqueadas del túnel.

Extrañamente, aquella confusión de cuerpos me confortaba. A pesar del hedor de tantos sudores y de los sucios vestidos con que íbamos cubiertos, de los llantos de los niños y de las toses y gemidos de los viejos en sueños; tantos cientos de personas amontonadas, huyendo de la guerra y de la muerte, me hacían sentir una sensación de calor, de solidaridad humana. A veces todavía sueño con el túnel de Cumana y con la pared protectora de los cuerpos a mi alrededor, y veo con nostalgia aquellas caras familiares.

El hambre nos atormentaba de tal manera, que ni siquiera las sirenas lograban apartarnos de las colas del pan. Haciendo como que no oíamos, esperábamos nuestro turno, con los ojos clavados en el postigo medio bajado del horno, midiendo la distancia que nos separaba de él y odiando a la gente que estaba delante de nosotros. A una señal de dentro, el primero de la cola se metía por debajo del postigo y aparecía a los pocos momentos estrechando contra sí una preciosa barra de pan negro. La cola avanzaba unas pulgadas; normalmente el pan se acababa antes de que todos obtuviéramos nuestra ración.

Las bombas destruyeron las conducciones de agua, así que además de hambre, empezamos a pasar sed. Multitudes sedientas esperaban en las fuentes públicas con cacharros y botellas, con la esperanza de pescar algunas gotas, y mientras quedaba una gota, seguían allí desafiando el riesgo de muerte que venía del firmamento. Cuando llovía, poníamos recipientes fuera de la puerta, y después dejábamos reposar el agua hasta que el polvo y el lodo que caían con la lluvia se iban al fondo. Mucha gente se puso enferma de tifus, entre ellos mi hermana María. Durante muchos años sufrió de una u otra dolencia.

Una mañana, en el otoño de 1943, salimos del túnel después de una noche de repetidos «raids» y



El rodaje de «Ieri, oggi e domani» juntó una vez más a Sofía Loren y Vittorio de Sica. Durante él se celebró el cumpleaños de la actriz con la tradicional tarta ornada de una treintena de velitas y canciones alusivas.

nos encontramos con que un túnel cerca de nuestra casa había sido dañado muy directamente. Con el corazón en la boca, nos abalanzamos a ver qué le había sucedido a nuestra casa. Ya no estaba habitable. Presentaba grandes agujeros en las paredes, las puertas y ventanas habían saltado, y el tejado estaba medio destruido. De todos modos, hubiéramos tenido que evacuar Pozzuoli, pues los aliados se aproximaban por mar cubiertos por la artillería naval. La abuela Luisa procedía de una familia «bien» de cerveceros llamados Zotti, que vivían en el barrio de Monte Santo de Nápoles, y decidimos pedirles que nos recibieran. El tren a Nápoles todavía funcionaba, pero el viaje era arriesgado, porque los alemanes estaban reuniendo a todos los hombres, matando a los sospechosos de ser partisanos, y obligando a los otros a ir a batallones de trabajo. En las afueras de Nápoles los soldados alemanes pararon el tren y empezaron a recorrer el tren con los revólveres en la mano. El abuelo Domenico tenía poco que temer, pues era demasiado viejo para los batallones de trabajo y tío Guido estaba ya en Nápoles, pero al tío Mario seguro que lo cogían; había unas monjas sentadas enfrente de nosotros pasando las cuentas del rosario; una de ellas alzó con toda tranquilidad sus faldas le dijo a tío Mario que se metiera debajo, y continuó sus rezos. Los alemanes pasaron de largo, sin fijarse en ellas.

Nadie nos recibió con los brazos abiertos en el hogar de los Zotti. A pesar de que la familia tenía acumulada gran cantidad de comida, procedente del mercado negro (incluso bizcochos y dulces, cosas que yo había olvidado que existiesen...), nos participaron que no pensaban compartirla con nosotros. Con encono y de mala gana nos ofrecieron camas, pero nos dejaron a nuestro aire en lo referente al sustento.

Llegan los aliados

Mi madre no tenía ningún escrúpulo en robarles. El suministro de agua en Nápoles también era bajo, y los Zotti escondían debajo de las camas las botellas que luego vendían. Mi madre les sangraba una ración «de prima», pero no bebía ella nada en absoluto: cucharada a cucharada nos la daba a María y a mí. Una semana, cuando hacía casi dos días que no comíamos, mamá desapareció. Volvió dos horas más tarde con un trozo de queso entre

dos rebanadas de pan. No podíamos creer lo que veían nuestros ojos. Le pregunté que dónde había conseguido la comida; ella se volvió hacia un lado, avergonzada. Después, cuadrando los hombros, se encaró conmigo con la determinación de hacerme partícipe de su lucha, de ayudarme a comprender el significado de la lucha por la supervivencia. Su expresión, mezcla de orgullo y de vergüenza, volvió a mí cuando en la película «Dos mujeres» hacía el papel de una madre que conducía a su hija, deshecha por la guerra, desde la angustia a la madurez. «De una muchacha que iba a su trabajo —me contestó mi madre—; ella llevaba este pan y este queso, su almuerzo. Yo la paré y la engatusé. Le dije que mis niñas estaban muriéndose de inanición. Ella me lo alargó con lágrimas en los ojos. Venga, comérselo entre las dos. Me ha costado caro».

La ocupación alemana de Nápoles acabó en una orgía de pillaje y matanzas. Yo vi hogares saqueados y vi civiles asesinados. También vi a los niños luchar con granadas de mano que les habían dado los partisanos. Hay un truco que uso como actriz cuando ruedo escenas de intensa emoción. Al principio cometí el error de agotar todo el sentimiento en las primeras tomas; no sabía cómo controlarme, cómo sacar partido de mis limitaciones. No me quedaba nada dentro para la segunda toma, mucho menos para una tercera o una cuarta. Entonces descubrí que si cada vez enfocaba mi mente hacia una experiencia real, diferente pero igualmente emotiva, podría sostener la emoción una docena de veces. No quiero decir que tenga que ser necesariamente una escena que envuelva a una persona allegada o incluso que se parezca a la situación ante la cámara, sino sencillamente algo que haya visto o leído y que me haya producido una emoción fuerte. En «Dos mujeres» yo eché mano de mis recuerdos de la ocupación. Recordarán la escena en que la madre y la hija se tambalean ciegamente a lo largo de la calle, después de haber sido forzadas por soldados marroquíes. Un soldado francés se dirige hacia donde están ellas montado en un jeep. La madre le grita, señalando a su hija, aturdida y manchada de sangre: «¡Mire lo que han hecho sus hombres!». El oficial continúa su camino. La madre, harapienta, maldiciendo, arroja piedras detrás del jeep. En la mejor de las tomas, la que fue definitiva, para azuzar mi furia hacia la dura indiferencia del oficial, pensé en un acto que con-

trastaba con éste en bravura y que yo presencié desde el balcón de la casa de los Zotti. Un grupo de napolitanos avanzaban por la calle de abajo, amparándose a la sombra de los edificios. Al frente de ellos marchaba un muchacho de unos diez años, con una granada en la mano. Súbitamente, de una calle pocos metros más allá, brotó una patrulla alemana. Los napolitanos se dieron la vuelta y escaparon. Para cubrir su retirada, el chico permaneció y lanzó la granada; la distancia era demasiado corta: estalló en pedazos igual que la patrulla.

Las primeras tropas aliadas que vi eran escoceses, gigantes rubios y tostados, con faldas, y me rei tanto que me dio un dolor muy fuerte de estómago. Por donde quiera que fueran, les seguían bandadas de chiquillos tratando de averiguar qué ropa interior llevaban. Con gran asombro mío, me han informado después de que tradicionalmente no llevan nada.

Al principio de la liberación, las provisiones de comida de los civiles disminuyeron casi a cero. Un sargento escocés me dio un bote de café en polvo, galletas y una caja de dulces, que nos hizo funcionar a mí y a María durante una semana. Entonces acudían al mercado negro frutas escarificadas de todas clases: mamá cambió unos trajes por un par de libras de ellas y subsistimos con la dulce materia prima un mes entero. Con el establecimiento de las unidades americanas empezamos a comer más normalmente. Parecía como si cada «GI» compartiera su ración con un hambriento napolitano.

En el curso de un «raid» alemán, un trozo de munición penetró en mi barbilla. En el refugio, mi madre restañó la herida con un trozo de su abrigo, apretándolo contra el sitio. Al acabar el «raid», un «GI» me llevó a su dispensario, donde un médico desinfectó y vendó la herida. Todavía tengo la cicatriz debajo de la barbilla. Cuando por fin volvimos a Pozzuoli, nos encontramos con que lo que las bombas no habían destruido, lo había destrozado el pillaje. Habían destruido los muebles que no se habían podido llevar consigo, sacado espejos y cuadros de los marcos y deshecho los colchones, posiblemente buscando billetes de banco escondidos; poniendo papel en las ventanas sin cristales y rellenando con ladrillos los agujeros empezamos otra vez nuestra vida de la nada. Los hombres encontraron de nuevo sus trabajos de antes de la guerra, mamá volvió a dar lecciones de piano y yo empecé a ir a un instituto de enseñanza media.

Lo único en que mi padre se había manifestado en lo que se refiere a mi futuro era en que debía ser maestra de escuela. Mi madre estuvo de acuerdo y me mandó a una escuela del Estado especializada en preparar para esa profesión. Lo que mi padre quería realmente, me di cuenta más tarde, era que yo estuviera en la oscuridad, lejos de Roma y fuera de su vida. Esto, más que otra cosa, fue lo que me hizo empeñarme más en desarrollar mi personalidad y llevar adelante mi vocación teatral. Pero de momento, no se me ocurría otra profesión, y acepté la idea de ser maestra.

El primer amor

Cuatro años de subalimentación no habían mejorado mucho mi apariencia. Todo lo que tenía de alta lo tenía de flaca. De la cabeza a los pies, mis proporciones eran indudablemente faltas de gracia, mis rasgos demasiado grandes para mi cara, los brazos demasiado largos, mi busto anguloso. Me hacía daño mirarme al espejo.

Hacia mis trece años empecé, sin embargo, a notar un cambio favorable. El palillo se empezó a echar curvas; empecé a notar que los chicos se fijaban en mí —una sensación deliciosa...—. Pasear a través de la ciudad se convirtió en un placer.

En la escuela tenía clase diaria de gimnasia. Yo me preguntaba por qué el profesor Guido, un deportista rubio y de ojos azules,

SIGUE



Sofía se convierte, en cada una de las películas que rueda con De Sica, en la muchacha del pueblo que fue antes de su sofisticación hollywoodense.



que supervisaba la clase, me hacía repetir los ejercicios tan a menudo. Un domingo se presentó a mi madre a pedirme mi mano. Trece años se consideraba como una edad apropiada para casarse, en Nápoles, pero no por parte de mi madre, que le puso de patas en la calle. No hace mucho me encontré con el profesor Guido: me contó, todo colorado, que la chica con que se había casado le había obsequiado con tres tandas de gemelos.

El primer chico a quien creí amar fue un vecino de Pozzuoli, de dieciocho años, cinco más que yo (nunca me sentí atraída por los chicos de mi edad), llamado Mauricio. Una vez estábamos paseando al atardecer por una carretera cuando Mauricio empezó a mirarme con ojos brillantes. De repente me besó en la boca. Yo eché a correr, horrorizada, y nunca quise volver a verle sola.

Empecé a descubrir las películas. Cada sábado agotaba a mi tía Dora pidiéndole que me llevara a la Sala Roma, de Pozzuoli, y obligándola a estar allí dos o tres sesiones. El ídolo de mi adolescencia fue Tyrone Power: «Sangre y arena», en la que actuaba con Rita Hayworth, llegué a verla diez veces. Si alguien hubiera podido contarme que un día estaría realmente con él en Roma, me hubiera desmayado de alegría.

Septiembre, día 15, 1949, cinco días antes de mi catorce cumpleaños. Subrayo la fecha porque marca el acontecimiento que me puso en el camino del cine. En aquella época, los concursos de belleza estaban de moda por toda Italia: todos los años concursaban unas 100.000 chicas. En Nápoles, el periódico «El Mattino» anunció un concurso para elegir a la «Reina del mar» y a doce «Princesas del mar». Los premios eran de 100.000 liras (cerca de 10.000 pesetas) para la reina, 25.000 liras para cada princesa (unas 2.500) y varias cosas más para cada ganadora. Cuando anuncié mi intención de presentarme, la familia se dividió en dos campos: mamá me apoyaba, pero mis abuelos tenían que una tal exhibición me degradaría a los ojos de todo Pozzuoli. Ningún hombre decente querría casarse conmigo. Yo los calmé con la lista de premios, una verdadera fortuna para nuestro nivel, y la convicción cedió paso a la necesidad.

Ninguna matrona de la alta sociedad trabajó tanto para preparar a una debutante como trabajaron la abuela Luisa, tía Dora y mamá para embellecerme para el concurso. Noche y día discutían sobre cada detalle diminuto de mi vestido, de mi aspecto. Lo que, por fin, surgió de todo ello no creo que lo aprobara mi modista actual, Mme. Bohan, de Christian Dior. Consistía en un horrible modelito de faya, con escote, y una larga y frondosa cola; zapatos blancos con plumas rosas por encima. Me sentía como un clown, y en el metro a Nápoles me cerré cuidadosamente el abrigo para que no se me viera el modelo.

Mientras esperaba en los laterales del Teatro Metropolitano, las otras 364 concursantes me parecían deslumbrantes y exquisitamente arregladas. Se levantó el telón y empezamos a desfilar lentamente por el escenario ante un jurado observador. Llegó mi turno. A medio camino del sitio reservado a los miembros del jurado oí a un jurado cuchichear: «Un tipo poco corriente..., interesante..., esos pómulos tan prominentes».

sin dinero

El título de reina recayó en una chica llamada la Stella. Por un margen muy pequeño quedé entre las princesas. Además de las 25.000 liras gané 28 rollos de papel de decorar las paredes, una pieza de tela de vestido y un servicio de comida. El papel de pared, color sepia, con motivos de hojas verdes, todavía decora el cuarto de estar de los Villani. El temor de mis abuelos por mi reputación estaba fundamentado. Gritos de «¡Princesa!», algaradas y risas me recibieron en la escuela. Por entonces, yo había rechazado ya la enseñanza como mi futura profesión, así que utilicé las burlas como pretexto para faltar a ella. Durante una tempora-

da me quedé metida en casa, rehusando mostrarme en público.

Mi madre, en el fondo siempre una actriz frustrada y con la secreta esperanza de que yo triunfara donde ella había fracasado, me animó a estudiar arte dramático. Un actor llamado Pino Serpe, que ella conocía mucho, había abierto lo que él llamaba un «Centro Experimental» y me envió allí. El nombre era algo desproporcionado para la habitación de un edificio comercial de Nápoles, donde daba clases a seis alumnos; yo no tenía dinero para pagar la clase, pero le cal bien y me cogió gratis. De vez en cuando yo le llevaba un pastel, una botella de vino o algún «salami».

La técnica del maestro Serpe estaba lejos de El Método. La interioridad psicológica no formaba parte de sus clases, ni la dicción, ni la postura. Todo estaba concentrado en la expresión facial. Cada alumno tenía un manual con una lista de las diversas emociones y de cómo reflejarlas. Por ejemplo. Disgusto: bajar las comisuras de la boca, levantar ambas cejas... Ironía: sonreír con un solo lado de la boca, levantar una ceja... Determinación: cerrar los dientes, apretar los labios... Alegría: echar hacia atrás la cabeza, abrir la boca, como si estuviera riéndose. Después de estar contorsionando mis músculos durante seis meses, Serpe me llamó la atención sobre un anuncio que venía en una revista de cine. Se estaba rodando en los estudios de Cinecittá el supercolosal espectáculo «Quo Vadis» y se necesitaban miles de extras. Enseñé el anuncio a mamá. Sin dudarlo, me propuso que probáramos suerte las dos. Así, pues, gastando todo lo que me quedaba del dinero del premio en los billetes de tercera clase a Roma y después de meter nuestro raquítico guardarropa en un bolso de paja, nos marchamos entre las lágrimas y las mil advertencias de todo el clan Villani. Cuando llegamos a Roma, mamá telefonó a mi padre. Le parecía que él debía saber nuestros planes y tener en ellos algo de responsabilidad. Encontró una helada acogida:

—¿Qué estáis haciendo aquí? —le contestó—. ¿Y por qué has traído a la niña? Es demasiado joven. Se meterá en toda clase de dificultades.

—Tenemos que trabajar —contestó mi madre—, no tenemos una lira. ¿Qué más podemos hacer?

—Haz lo que te parezca. Ya sabes mi opinión. Sofia debería estar en Nápoles y acudir a la escuela hasta obtener su título de maestra. Yo me lavo las manos de vosotras dos.

Una prima de mi madre aceptó tenernos con ella hasta que pudiéramos costearnos nuestra propia vida. La mañana siguiente nos dirigimos a las oficinas de reparto y fuimos las dos admitidas. En este momento ocurrió un terrible incidente que me hizo subir los colores a la cara. Cuando el supervisor llamó: «¡Sofía Scicolonel!», una mujer rompió la fila, gritando: «¡No tienes derecho a ese nombre, no eres hija de él! El nombre pertenece a mis hijos». Era Nella Rivolta, la esposa de mi padre, que también aspiraba a un papel en el cine; después, prorrumpiendo en soeces insultos hacia mí y hacia mi madre, se perdió entre la multitud.

El director, Mervin Leroy, llegó en ese momento



De Sica, actor, daba la réplica a Sofia en «Pan, amor y...», tercer elemento de una serie abandonada por la entonces popularísima Gina Lollobrigida.

y empezó a asignar a cada uno su puesto. Cuando llegó a donde yo estaba, se paró y me preguntó en inglés: «¿Hablas inglés?»; yo no hablaba una palabra, pero esta frase sí la pude entender y contesté: «¡Oh, yes, yes!». «¿Te gusta el negocio del cine?». Yo incliné la cabeza, intuyendo más que entendiendo el significado. «¿Has trabajado alguna vez en el cine?». Yo volví a inclinar la cabeza, ahora completamente perdida. «¿Dónde aprendiste inglés?». «Yes», contesté yo, y me di cuenta, por su risa, de que había metido la pata, pero él no se enfadó.

He vuelto a ver nuevamente a Melvin Leroy el verano pasado en la Riviera, cuando se estaba rodando «Lady L». La ocasión fue en un party en el palacio real de Mónaco, al que me había invitado la princesa Grace. Mi inglés es ahora muy fluido. «Naturalmente, Sofia, que yo me di cuenta de que tenías talento la primera vez que me hablaste en inglés»...

En dos días de trabajo en Cinecittá, mamá y yo sacamos 21.000 liras entre las dos. «Mira qué fácil es —dijo mamá—, haremos aquí nuestra fortuna». Pero su entusiasmo era prematuro; el tercer día no tenían trabajo para nosotras. Cuando estábamos esperando que nos tocara otra vez el turno, llegó una carta de casa: María estaba enferma otra vez.

Los desarreglos constantes de mi hermana no eran sólo físicos. El estigma de bastardía la hería profundamente. Yo, por lo menos, llevaba el nombre de mi padre. María era hija de nadie. La humillación, las burlas de los otros niños, le perjudicaban psicológica tanto como físicamente. Estaba siempre en el fondo de la clase, y, de vez en cuando, dejaba de asistir a la escuela. Me prometí a mí misma que si alguna vez tenía dinero, haría que mi madre contratara un abogado que pusiera una querrela a mi padre para obligarle a reconocer a María.

los "fumetti"

Mamá se volvió a Pozzuoli, dejándome con sus primas. Pero la bienvenida se había acabado. No volvieron a invitarme a su mesa, ni siquiera para tomar una simple taza de café. Yo comía fuera; ahora que por primera vez estaba yo a mis anchas, Roma se me mostraba hostil. Era agosto del 1950 y las vacaciones de verano habían vaciado la ciudad. Mientras yo deambulaba desde una posibilidad de trabajo a otra, mis tacones se hundían en el asfalto reblandecido.

Persuadí a un fotógrafo de modas de que me hiciera, a crédito, unas fotografías en bikini, pero tuvieron pocos compradores. Participé en otro concurso de belleza en Salsomaggiore, cerca de Roma, para elegir «Miss Italia». Tuve que mentir acerca de mi edad, pues el concurso era sólo para mayores de dieciséis años. Volví de allí con un pequeño bono de dinero y el título de «Miss Eleganza» como consuelo. Solicité una beca para una escuela de cinematografía, pero me rechazaron diciendo que no era fotogénica.

Sin embargo, mucha gente aseguraba que yo era muy guapa, y yo empecé a sentirlo así. Mi cuerpo, antes delgado, se había redondeado. Mi cara se estaba ajustando al tamaño de mi nariz y de la boca. Juzgados por separado, ninguno de mis rasgos era precisamente clásico, pero formaban un armonioso conjunto de irregularidades.

¿Podría yo valer para los fumetti? Mi madre, que había vuelto a Roma con María, lo dudaba. «Eres demasiado nerviosa —me dijo—, no puedes contenerlo suficiente. Para los fumetti hay que paralizarse, quedarse paralizada durante dos, tres o cuatro minutos. Tú pasas de las lágrimas a la risa con la rapidez del relámpago».

A pesar de ello, probé. El entrenamiento que había tenido en el centro experimental de Serpe me ayudó mucho. Mamá leería un vociferante párrafo de un melodrama sangriento y atronador y lo repetiría lentamente, mientras que yo, delante de un espejo, buscaría la expresión apropiada. Cuando ella me decía «Eso, eso, ¡quédate así!», yo me tenía que quedar como una piedra y ella me cronometraba. Gradualmente llegué desde quince segundos a tres minutos de inmovilidad en actitudes de terror, alegría, aflicción.

Así equipada me dirigí a las oficinas de «Il Sog-

no», una de las principales revistas tipo fumetti de Roma. Un individuo mustio y zarrapastroso me supervisó de arriba abajo. Al final me preguntó: «¿Ha traído su sábana?». «¡Bestia puerca!», pensé yo. Había dejado sin explicar que «El Sogno» estaba planeando fotografiar un serial acerca de un harem, y las modelos que proporcionaran su propio vestido —en este caso una sábana— recibirían pago extra.

Bajo mi nombre en los fumetti, Sofia Lazzaro, recorrí toda la gama de expresiones «pétreas», de la alegría a la desesperación, representando una colección de heroínas: una bailarina egipcia, una princesa árabe, una gitana, una vampiresa italiana. Mis ingresos, por término medio unas 3.000 liras (300 pesetas) al día, nos proporcionaban a María, mamá y a mí comida más que suficiente y alojamiento suficiente para las tres. Pero las fans de los fumetti son volubles, siempre pidiendo caras nuevas, y pronto me encontré otra vez en libertad. Después de tres meses, en los que nuestra única comida era una medida de «minestrone» dividida en tres partes, hice mi primer papel hablado, de unas cinco líneas. El asunto se relacionaba con una mujer que cae en las garras de una red de esclavas blancas. Le siguieron pequeños papeles en unas doce películas grado-C. Principalmente, me sirvieron para crear una demanda entre los editores de revistas de cine. Hacía «fotos fijas». Posé vestida con una toalla y siendo cogida a lazo por los indios. Aparecí en la portada de una revista con las faldas demasiado altas para la sensibilidad de la Policía italiana, que confiscó el número. Yo expuse los hechos sin ningún orgullo, pero tampoco me disculpé: como muchos principiantes en los negocios del cine, había seguido el consejo de los publicitarios de lucir mi cara y mi nombre ante el público. No tenían imaginación, ahora lo sé, y a aquella edad, yo no tenía sentido común. Pero tampoco creo que aquellos fotógrafos me degradaran ni fueran nocivos para los demás.

un jurado: carlo ponti

Tuvimos noticias de mi padre indirectamente, por medio de un comisario de Policía. ¿Qué clase de vida llevábamos en Roma?, nos preguntó el comisario. ¿Cómo nos ganábamos la vida? Mi padre, al parecer, se había quejado de nuestra continua presencia. Me imagino lo que le dijo a la Policía. Detrás de ello, estoy segura, estaban los celos de su mujer, su miedo de que él volviese con mi madre. De cualquier manera, la queja no tuvo efecto. Nuestras explicaciones satisficieron al comisario, diciéndole que no teníamos por qué ser objeto de cargos públicos, ya que no llevábamos una vida inmoral. Más tarde, hablamos con mi padre. «Sofía no tiene futuro en el cine —le dijo a mi madre—. Estás destruyendo su vida de la misma manera que destruiste la tuya. Este no es vuestro mundo, de ninguna de las dos». Pero nosotras le aseguramos que no teníamos intención de marcharnos.

Una noche fui, acompañada de unos amigos, al Colle Opio, un club nocturno al aire libre, donde se iba a celebrar la elección de «Miss Roma». Esa noche iba a ser la más importante de mi vida. Mientras miraba cómo las concursantes ocupaban sus sitios, «sin ningunas ganas de participar yo, después de los fracasos anteriores, se acercó a mí el maître y me susurró: «Uno de los jurados ha estado estudiándola a usted; y subió a la plataforma. No se presenta, pues está convencido de que tiene usted grandes posibilidades de ganar». ¿Qué jurado?, pregunté. «Carlo Ponti».

Yo conocía el nombre, claro está. Con Dino de Laurentiis había producido algunos de los mejores films de la posguerra. Un estímulo de semejante fuente era irresistible, y subí a la plataforma. No gané. Quedé situada en segundo lugar. Fastidiada, me reuní con mis amigos. Unos minutos más tarde estaba junto a mí un hombre bajito, medio calvo, como unos veinte años más viejo que yo. «Soy Carlo Ponti», dijo. Yo miré a un par de pestañeantes ojos castaños y una sonrisa increíblemente agradable. «Me gustaría hablar con usted. ¿Podemos dar un paseo?». Me levanté (era tan alta como él) y nos fuimos de la mesa hacia el jardín. Una suave brisa movía las hojas. El aire era cálido, el cielo sin nubes y la luna llena. ¿Le gustaría hacer cine?



«Dos mujeres» —Zavattini y De Sica una vez más, además de Moravia— valió a la Loren el codiciado «Oscar».

—preguntó—. Yo podría ayudarle. Dio los nombres de algunas actrices que él había ayudado: Alida Valli, Gina Lollobrigida, Silvana Mangano. «Tú tienes una cualidad distintiva: completamente distinta de todas las caras que hay hoy en la pantalla». Todo eso, yo ya lo había oído. Me quedé esperando la pregunta que solía seguir a todo esto: «¿Qué vas a hacer esta noche?...». Pero lo único que vino fue su tarjeta de visita y la sugerencia de que me dejara caer por su oficina.

¿Era éste diferente de los demás?, me pregunté. Su tranquila firmeza me dio confianza. Fui a su oficina a la mañana siguiente. Nuestra conversación fue breve y al grano. Me comprometí para una inmediata prueba. No se trataba de representar un papel, sólo quería saber cómo resultaba al fotografiarme. Cuando volví a verlo más tarde, parecía entusiasmado: «Su rostro es extraordinario, me fascina. Probablemente, la nariz un poco demasiado larga; debía usted de acortársela». Así pues, pensé, lo único que ve es mi nariz demasiado larga. «Pues pienso quedarme —contesté— con la nariz que me dio la naturaleza».

Mi pequeña muestra de genio le hizo gracia; su enorme sonrisa iluminó toda la habitación, y me hizo sonreír también a mí.

Durante un tiempo dejé de ver a Carlo. Hula de la típica situación que había proporcionado a mi madre tanta miseria. Además, me enteré de que era casado, con dos hijos; desgraciado en su matrimonio, pero si su hogar iba a deshacerse, yo no quería tener ninguna responsabilidad en ello. A pesar de que le quería, traté de olvidarlo.

No fue Carlo, sino un productor del Titanus Studio, Goffredo Lombardo, quien me dio mi primer papel de estrella, así como el apellido Loren, en el film en color «África bajo el mar». Yo no sabía nadar, una deficiencia que evité cuidadosamente mencionar. En el momento de la verdad, cerré los ojos, recé y salté. Me hundi como si fuera una piedra y me sacaron a flote escupiendo toda el agua del Mediterráneo. Lombardo pensó que sería más barato enseñarme a nadar que empezar de nuevo con otra estrella. Al final del rodaje, nadaba por placer y ahora es mi deporte favorito.

Después de estar a punto de ahogarme en mi primer papel principal, en el segundo estuve a punto de morirme de frío. Fue una versión de «Aida», de Verdi, en la que yo hacía el papel de la trágica heroína abisinia (sólo porque la actriz que ellos realmente querían, Lollobrigida, consideró que era poco para ella). Nunca han salido

SIGUE

UN JERSEY
"ESCORPION"
"JUNIOR"



notas tan gloriosas de una garganta tan poco entredada: claro está, no eran mías. Escasamente vestida, con la piel oscurecida, lo único que hacía era moldear las palabras mientras se ponía en marcha la voz magnífica de Renata Tebaldi. (Años más tarde, cuando la visité en su camerino de la Ópera de Viena, me dijo que había sido un buen intercambio —mi cara y mi figura con su voz—, aunque a mí me parece que es una guapa mujer.) El rodaje tuvo lugar en un estudio helado, en invierno, y para disipar las nubes de aliento que salían de mi boca cuando la abría, un maquillador tenía que tener dirigido a mi boca un secador de pelo.

Carlo, a quien no veía desde hacía tres meses, se presentó un día por allí, presenció unas cuantas tomas y me esperó en mi camerino. ¿Podría cenar con él esta noche? Cuestión de negocios. Acepté y en el famoso restaurante Ranieri me ofreció un contrato de siete años con los estudios Ponti-De Laurentiis. Yo rehusé. Le señalé que, como esposo de la estrella Silvana Mangano, De Laurentiis podría sentirse tentado de impulsar su carrera a costa de la mía. Estaba de acuerdo, sin embargo, en firmar un contrato con Carlo sólo. Para lo corriente en Italia, los términos en que me propuso firmarlo al día siguiente eran generosos, sobre todo, tratándose de una actriz desconocida: 500.000 liras al mes (48.000 pesetas) y el derecho a todo el dinero que hubiera hecho en caso de ligarme con otros estudios. Con la alegría de la primera época de seguridad de mi vida, pagué por adelantado el alquiler de un piso de cuatro habitaciones con cocina, cuarto de baño y terraza y me traje a mamá y a María conmigo.

¿qué es lo que veo en él?

Me sentía ya muy ligada con Carlo y empezamos a vernos muy a menudo de nuevo. El es de Milán y, como todos los milaneses, es muy reservado y no le gusta hablar de sí mismo. Pero yo necesitaba saber su manera de pensar y de ser y le empecé a hacer preguntas. Una tarde estábamos hablando de los problemas de matrimonio y él dijo que si alguna vez volviera a estar libre, nunca se volvería a casar. En aquellos tiempos, estoy segura de que lo sentía así, y me sentí enferma por dentro. Mi impulso fue romper entonces y para siempre. Pero me di cuenta de que no serviría para nada: yo le volvería a llamar a él, si él no lo hacía. Durante muchos años, no hablé en absoluto de divorcio ni de casarse conmigo. La influencia de Carlo influyó y marcó mi desarrollo profesional. Yo estaba en camino de convertirme en una de tantas estrellas, aplaudida sobre todo por sus cualidades físicas: «Miss silbido»..., «después de la Loren, a nadie le gustan los huesos»... Esos habían sido algunos de los comentarios críticos. Carlo vio que el cuerpo tenía un corazón y un cerebro y que con ellos podría lograr que se me reconociera como una auténtica actriz. También conformó en parte el desarrollo de mi personalidad y de mis gustos, aunque nunca me forzó a aceptar sus ideas. Me gustaba indirectamente, por medio de sugerencias. Amante de la buena literatura, me describía una gran obra con tal entusiasmo, que yo me sentía empujada a leerla (pero con Proust no puedo todavía). Nunca criticó mi manera de vestir, que en el ambiente de los fumetti y de los estudios de tercera categoría había adquirido un aire bastante estrambótico. Cuando no venía a mano, expresaba su admiración por un cierto estilo de vestido o de peinado. Esto era suficiente para que yo lo probara, aunque no aceptaba sus juicios ciegamente; tenía primero que convencerme a mí misma, pero nueve veces de cada diez, yo reconocía que tenía razón. Por encima de todo, yo quería ser como él quería que fuera.

¿Qué es lo que veo en él? Nada que tenga relación con el aspecto o con la edad. Un amante sensible. Un compañero cultivado que estimula continuamente con su gusto por la alegría de vivir, por el arte, la música, el teatro, la buena comida y el buen vino. El padre que nunca tuvo, calmoso, capaz de controlarse, tranquilo y culto. Con Carlo

estoy segura y en paz, me siento una mujer completa. Pero hay mucha gente —los envidiosos, los cínicos— que odian la felicidad de los otros y prefieren creer que no existe. Negarían el derecho que tenemos Carlo y yo a ser famosos públicamente y felices en la vida privada.

Poco después de firmar el contrato, Carlo me pidió que fuera a su oficina para hablar con Vittorio de Sica. Los estudios Ponti-De Laurentiis habían retenido al gran actor-director para filmar «El oro de Nápoles», un guión hecho de cuatro episodios, sin relación unos con otros. El mismo De Sica iba a intervenir en uno de los episodios y Silvana Mangano en otro. El tercer papel principal estaba sin cubrir todavía —una pícaro vendedora de Pizza Napolitana—, Carlo pensaba que yo podía valer para hacerlo. Si así fuera, trabajaría para el estudio, pero no bajo mi contrato con Ponti, del que De Laurentiis nada sabía.

Las obras neorealistas de De Sica, como «Ladrón de bicicletas», «El limpiabotas», lo habían colocado entre los mejores realizadores de cine del mundo, y me aproximé al encuentro con él como si fuera al encuentro de un dios del Olimpo. Pero no había nada divino en el elegante y encantador hombre de cabello plateado a quien me presentó Carlo. Sus modales, cálidos, gentiles, me hicieron sentirme pronto a mis anchas. Parecía comprender intuitivamente quién y qué era yo. Me preguntó acerca de mi familia, cómo vivía, mi actitud hacia el cine, y mientras escuchaba y observaba, me di cuenta de que todo esto era su «test», el único que hacía a las personas. A mí, desde luego, nunca me hizo otro.

«Eres una fuerza natural», me dijo. Yo le pregunté si debía tomar lecciones de arte dramático formales. «¿No, en absoluto!», me contestó. «Todo lo que tú haces es natural. Esto no lo puede enseñar ninguna escuela dramática. Lo único que harían sería quitártelo».

«¿Y tampoco cosas elementales como voz y dicción?» «Harás muchas películas y aprenderás a fuerza de ellas. Es el mejor camino para tí».

No dijo nada sobre si yo haría «El oro de Nápoles», sin embargo, hasta la noche anterior en que la compañía saliera para Nápoles, no supe nada de él. Yo estaba deprimida. Trabajar con De Sica, comparado con lo que había hecho hasta entonces, era la diferencia entre la gloria y la insignificancia. Llamé a Carlo: «¿He perdido mi oportunidad, verdad?», le pregunté. «Todavía no lo sé», me contestó. «Estoy segura de ellos». «¿Por qué?», dijo Carlo. «Porque quieren un gran nombre. Yo soy sólo una "cover-girl"; eso no significa nada para los productores». Al poco tiempo, Carlo me llamó: «Haz tu equipaje —dijo—, te vas a Nápoles mañana». Más adelante me enteré de lo que había pasado. De Laurentiis quería un gran nombre, pero De Sica insistió: «Deblamos de coger a la Loren. No tenemos a nadie mejor para hacer el papel. Además, nos pediría poco dinero». De Laurentiis finalmente cedió: «Muy bien, contrátala, pero te arrepentirás».

rivalidad con gina

Acabamos mi episodio en veinte días sin ningún problema serio, excepto el áspero viento invernal de febrero. Yo llevaba una blusa muy escotada y tenía que rodar algunas escenas bajo una lluvia artificial que me helaba la piel. Las próximas seis semanas las pasé en la cama, con una bronquitis neumónica. De Vittorio de Sica aprendí todo lo que sé de cine. Bajo su dirección he hecho mis mejores trabajos: «Dos mujeres», «Ayer, hoy y mañana», «Matrimonio a la italiana». Me parece estar oyéndole decir todavía: «Lo esencial es que respondas con tu cuerpo entero, no sólo con la cara y la voz. Cada parte de tu cuerpo debe contar, incluso los dedos». Recientemente tuvo que repetir la lección a Mastroianni, un magnífico actor que tiende a ser perezoso, demasiado perezoso, por ejemplo, para aprender inglés, a pesar de los ruegos de los productores americanos. Estaba doblando un párrafo para «Matrimonio a la italiana», que debía de

"MI VIDA"

sonar a enfadado, pero aquello no sonaba nada convincente. De Sica le echó una mirada más atenta y se dio cuenta de que estaba flojamente instalado, fijándose sólo en la voz, pues la escena ya había sido filmada. «¿Qué es lo que piensas que estás haciendo, Marcelo? Mantente derecho, las rodillas separadas, tenso, rígido», y la nueva grabación sonó con enfado.

De Sica tampoco sabe apenas una palabra de inglés, cosa que me sorprendió muchísimo en un hombre tan cosmopolita. Cuando recibe a periodistas de habla inglesa, le gusta tenerme por los alrededores, y a veces, he estado a punto de asfixiarme por aguantarme la risa de verle pasar apuros. Una vez, le entrevistó Dorothy Kilgallen en Cinecittà. Él sonreía, hacía movimientos de cabeza y daba a su cara encantadoras expresiones, con lo que ofrecía la impresión de que contestaba las preguntas a gusto de ella, mientras que por las comisuras de la boca me susurraba angustiado: «¿Qué está diciendo?».

El papel que hizo De Sica en «El oro de Nápoles», el de un impulsivo jugador, podía ser un autorretrato. Tiene pasión por la ruleta, y, como todos los jugadores, está predestinado a perder. Si no le sobrevino un desastre en un casino alemán, cuando estábamos haciendo «Los secuestrados de Altona», fue debido a mí. Yo estaba sentada a su lado y le quité algunas fichas cuando no miraba, quedándose con ellas hasta que salimos de allí. A mí también me gusta el póker, con apuestas moderadas, y a veces jugaba con De Sica, pero ya no lo hacemos porque se pone furioso cada vez que le gano con «farol», cosa que sucede muy a menudo.

«El oro de Nápoles» extendió mi nombre por todo el mundo y me brindó gran cantidad de ofertas. Pero, trabajara para quien fuera, Carlo, los estudios Ponti-De Laurentiis o para otra compañía, quien supervisaba el negocio, me aconsejaba y me dirigía era Carlo. La película siguiente que hice fue «La chica del río», mi primer film largo con papel principal, cuyo director, Mario Soldati, tenía la curiosa costumbre de dirigir en «slip». Después, «La ladrona, su padre y el taxista» (Too bad she's bad), mi primera película con Mastroianni (él también procedía de Nápoles, y me dijo: «Ah, Scfía, tú me traes el recuerdo más profundo de mi juventud, de las chicas por las que yo estaba loco»). «Pan, amor y...» le siguió, la tercera de una serie interpretada al principio por Lollobrigida.

Los hombres de la publicidad promovieron choques entre Lollobrigida y yo, a los que, involuntariamente, confieso que cooperamos. Los periódicos le atribuyeron a ella las siguientes palabras: «Sofía, siempre limitada a un cierto tipo de papel. No puede hacer el papel de una gran señora. No tiene ella la culpa, claro, es sólo cuestión del aspecto que tiene». Y a mí: «Gina estaba maravillosa en el papel de la campesina harapienta. Es su mejor papel. Pero cuando trata de hacer un papel de mayor escala, le va peor». Yo nunca tomé en serio la rivalidad, y creo que ella tampoco.

Copyright by Curtis Publishing Co., N. Y.-A.
Zaragoza-Barcelona.
(Fotos Archivo TRIUNFO)

PROXIMO Y ULTIMO CAPITULO:

EL AMOR DE CARLO